

LA ICONOGRAFÍA PORCINA DESDE LA PREHISTORIA HASTA LA PLENA EDAD MEDIA

José Arturo Salgado Pantoja*
Universidad de Castilla-La Mancha

RESUMEN

El porcino y el ser humano están vinculados desde antes de que aquel desarrollase sus caracteres domésticos. En su forma de jabalí, fue cazado, respetado e incluso admirado por diversas sociedades y civilizaciones prehistóricas, protohistóricas y de la Antigüedad, y su imagen fue utilizada como artefacto mágico, adorno de prestigio, símbolo sagrado o emblema funerario. Muy distinto fue el caso del cerdo común, que fue objeto de exaltación gastronómica o repugnancia a partes iguales, pero cuya representación pasó casi inadvertida hasta la Plena Edad Media. Fue a partir de este periodo cuando ambas subespecies coexistieron de una forma más palmaria en el arte gracias a su plasmación iconográfica en los tratados venatorios, los calendarios agrícolas y la heráldica.

PALABRAS CLAVE: cerdo, jabalí, iconografía, simbolismo, prehistoria, Antigüedad, Edad Media.

PIG ICONOGRAPHY FROM PREHISTORY TO THE HIGH MIDDLE AGES

ABSTRACT

Pigs and humans were linked before this animal developed its domestic characteristics. In its wild boar form, it was hunted, respected, and even admired by various prehistoric, protohistoric, and ancient societies and civilizations, and its image was used as a magical artefact, a prestigious ornament, a sacred symbol, or a funerary emblem. Quite different was the case with the common pig, which was gastronomically exalted and repudiated, but whose representation went almost unnoticed until the High Middle Ages. It was from this period onwards that both subspecies coexisted in art in a more obvious way, thanks to their iconographic characterization in treatises on venison, agricultural calendars, and heraldry.

KEYWORDS: pig, boar, iconography, symbolism, prehistory, Antiquity, Middle Ages.



0. INTRODUCCIÓN

Los puercos han desempeñado desde tiempos remotos un papel de extraordinaria relevancia en el seno de numerosas sociedades tribales y civilizaciones. Ya sea en su versión salvaje o doméstica, como jabalíes o cerdos, sobre ellos se han vertido un sinnúmero de consideraciones, dispares e incluso cambiantes, que no solo han pivotado en torno a lo estrictamente tangible, lo material y económico, sino también alrededor de los más sutiles y complejos ámbitos de la cultura y la espiritualidad. Es así como estos animales han llegado a convertirse en el epicentro de numerosos mitos, símbolos, tradiciones e incluso tabúes que han legado un ingente material de estudio a los historiadores, antropólogos, filólogos, arqueólogos e historiadores del arte.

Desde esta última disciplina del saber, la historia del arte, pero con el necesario apoyo de las restantes, se propone ahora un análisis de las representaciones plásticas de estas dos subespecies de la familia zoológica de los suidos desde sus orígenes hasta el siglo XIII. El continente europeo y el ámbito mediterráneo constituyen nuestro espacio geográfico de referencia, aunque esto no impide que se hagan puntuales alusiones que excedan dicho marco, si así se requiere. De igual modo, es preciso advertir que, dada la complejidad y el carácter casi inabarcable de esta empresa, el breve estudio que aquí se inicia no aspira a convertirse en un trabajo cerrado o definitivo, sino que su principal objetivo es brindar un primer acercamiento, a través de una selección de muestras representativas y con una especial atención al territorio hispano, a un tema de indudable interés, pero escasamente atendido hasta la fecha¹.

Para ello, se plantea un texto estructurado en tres apartados que llevan por título «Entre la veneración y el tabú», «Entre el mito y la cocina» y «Entre la cocina y el infierno». El primero centra su atención en las representaciones artísticas del binomio cerdo-jabalí durante la prehistoria, la protohistoria y las primeras civilizaciones del ámbito mediterráneo, mientras que el segundo se detiene en el caso concreto de la Antigüedad clásica. Finalmente, bajo el tercer epígrafe se ofrece un vistazo a la imagen de los suidos en el contexto cristiano desde sus inicios hasta las postrimerías del periodo plenomedieval. Acto seguido, como colofón, se indican las principales conclusiones que se extraen tras la elaboración de este trabajo.

1. ENTRE LA VENERACIÓN Y EL TABÚ

A pesar de que las cuestiones de parentesco son cuando menos espinosas, se acepta de forma convencional que el cerdo o *Sus scrofa domestica* es la consecuencia de la domesticación del jabalí común o cerdo salvaje, conocido simplemente como

* E-mail: josearturo.salgado@uclm.es, <https://orcid.org/0000-0001-9198-0937>.

¹ Aunque se citan otros estudios a lo largo de este trabajo, los dos que ofrecen una perspectiva más amplia en este sentido son los de Alfredo Erias y Michel Pastoureaux: Erias Martínez, Alfredo, «La eterna caza del jabalí». *Anuario Brigantino*, 22 (1999), pp. 317-378; Pastoureaux, Michel, *El cerdo. Historia de un primo malquerido*. Salamanca, Confluencias Editorial, 2015.





Fig. 1. Jabalí, cueva de Leang Tedongnge, isla de Celebes, Indonesia, c. 43500 a.C.
© National Geographic [en línea]. <https://www.nationalgeographic.es/>.

Sus scrofa. Este último se distribuía por casi toda Eurasia desde tiempos inmemoriales, con lo cual no resulta extraño que la representación zoomorfa más primitiva de la que se tiene noticia se corresponda, precisamente, con un grupo de cuatro jabalíes verrugosos pintados en la cueva indonesia de Leang Tedongnge, ubicada al suroeste de la isla de Célebes. Con una antigüedad de más de 45 500 años, este conjunto de arte parietal destaca sobre todo por la figura extraordinariamente conservada de uno de estos animales, ejecutada de perfil, con un sentido naturalista y un tamaño que alcanza los 136 cm de largo por 54 de alto² (fig. 1).

Los jabalíes y cerdos que hoy conocemos forman parte de la familia de mamíferos artiodáctilos de los suidos, aunque no son, ni mucho menos, sus integrantes de mayor solera. Los estudios óseos demuestran que los antepasados más antiguos de los puercos se remontarían al mioceno, y que los primeros especímenes de nuestro apreciado marrano común se habrían desarrollado en Anatolia, el Turkestán y algunas regiones de Asia oriental hace unos 10 000 años³. Las principales evidencias que patentizan ese desbrave son la ablación de los caninos, la castración y el sacrificio precoz, especialmente de los machos, para su consumo, aunque también se percibe a través de otras modificaciones anatómicas como la reducción de la talla corporal y de los dientes. Cabe suponer, por otro lado, que este proceso tuvo un carácter socioeconómico antes que biológico, ya que vino de la mano de la paulatina sedentarización de las comunidades humanas. No en vano, esta especie pronto se

² Brumm, Adam *et al.*, «Oldest cave art found in Sulawesi». *Science Advances*, vol. 7/3 (2021), pp. 1-12.

³ Siuffra, Elisabetta *et al.*, «The origin of the domestic pig: independent domestication and subsequent introgression». *Genetics*, 154/4 (2000), pp. 1785-1791. Frantz, Laurent, A.F. *et al.*, «Ancient pigs reveal a near-complete genomic turnover following their introduction to Europe». *PNAS*, 116/35 (2019), p. 17231.



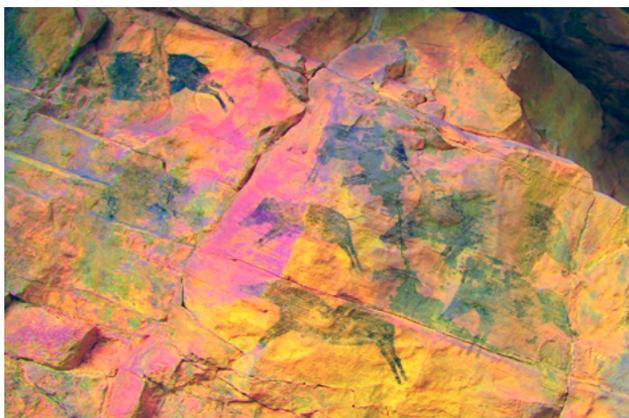


Fig. 2. Caza del jabalí, abrigo rocoso situado en el término de Vilafranca del Cid, Castellón, c. 5000 a.C., © Dídac Román e Inés Domingo, con retoque digital [en línea]. <https://www.nationalgeographic.es/>.

destacó por su fácil alimentación y reproducción, además de por el generoso aporte proteínico que proporcionaba⁴.

Así las cosas, el cerdo llegó a Europa hace unos 8500 años, aunque según revelan los estudios más recientes, su mezcla con el jabalí local le hizo perder casi por completo su linaje oriental⁵. Esta data imposibilita que fuese conocido en el arte paleolítico (c. 45000-10000 a.C.), donde, por el contrario, sí aparecen algunas muestras de su variante salvaje, como el asombroso ejemplar de «ocho patas» de la Cueva de Altamira, inmortalizado en plena carrera o quizá repintado sobre un bisonte⁶. Sin ser superlativa, la imagen de este animal sí tuvo una mayor presencia durante el neolítico (c. 10000-4500 a.C.), cuando fue representada en las paredes de algunos abrigos rocosos del arco mediterráneo o levantino. En estos casos, el fiero jabalí se encuentra sometido por el ser humano, que lo persigue, caza e incluso apedrea. Así se observa en diversas escenas como las de los abrigos de Los Chaparros (Albalate del Arzobispo, Teruel), Cova Remigia (Ares del Maestre, Castellón) y Vilafranca del Cid (Castellón), entre otras⁷ (fig. 2).

⁴ Pastoureaux, Michel, *El cerdo*, pp. 15-17.

⁵ Frantz, Laurent, A.F. *et al.*, «Ancient pigs», p. 17231.

⁶ Freeman, Leslie Gordon, «Seres, signos y sueños: la interpretación del arte paleolítico». *Espacio, Tiempo y Forma, Serie I, Prehistoria y Arqueología*, 5 (1992), pp. 93-94. Alonso García, Luis, «Los falsos movimientos de la imagen: cinco movimientos de una historia». *Banda aparte*, 14-15 (1999), pp. 123-126.

⁷ Sarría Boscovich, Elisa, «Las pinturas rupestres de Cova Remigia (Ares del Maestre, Castellón)». *Lvcentvm*, 7-8 (1988-1989), pp. 7-33. Jordán Montes, Juan Francisco, «Los animales en

La depredación de subsistencia practicada por las comunidades prehistóricas parece resolver de forma satisfactoria la interpretación de este tipo de escenas, aunque según se fue generalizando la domesticación de los suidos, la presencia de este animal salvaje en la dieta pasó a ser muy marginal. Dicha circunstancia no supuso la sustitución de su imagen por la del cerdo en las manifestaciones plásticas, tal y como quizá cabría esperar, sino que la representación del jabalí siguió sobresaliendo de forma absoluta durante largos milenios, asumiendo, además, un simbolismo cada vez más rico y complejo.

No dejan de ser llamativos los variados y cambiantes puntos de vista que tuvieron las culturas antiguas sobre estas subespecies de los suidos. Los egipcios⁸, por ejemplo, ya lo criaban y lo tenían integrado en su dieta y en las recetas medicinales desde la época predinástica (c. 5500-3100 a.C.)⁹, e incluso acostumbraban a soltar las pjaras en los campos sembrados para que hundiesen las semillas en el légamo con sus pisadas¹⁰. Sin embargo, cuando la mitología asoció su figura al malévolo Seth –Tifón para los griegos–, responsable del desmembramiento de Osiris y de devorar el ojo de Horus, se inició un imparable proceso de desprestigio hacia todos los puercos¹¹. Ya desde las postrimerías del Imperio Nuevo (c. 1550-1069 a.C.) estos animales fueron objeto de sacrificios y ofrendas, e incluso llegaron a ser declarados malditos y a prohibirse su consumo y manipulación en determinadas épocas y partes de Egipto¹². Conviene señalar, además, que esta caracterización del cerdo o el jabalí como homicida de divinidades se repitió en otras civilizaciones antiguas y, como se volverá a explicar en el caso griego, algunos autores creen que podría derivar de la primigenia consideración de la bestia como el propio dios al que luego «asesina»¹³.

Con este historial a sus espaldas, es lógico que ni el cerdo ni el jabalí tuviesen una plasmación iconográfica significativa en el contexto egipcio. Una escultura del periodo Naqada I (c. 3600 a.C.) de una diosa con rasgos porcinos, expuesta en el Museo de Charlottenburg-Wilmersdorf de Berlín, muestra que la hibridación simbólica humano-cerdo no fue desconocida, si bien no tuvo propagación en las artes

el arte rupestre postpaleolítico de la península ibérica. Emblemas, alegorías, epifanías y ausencias». *Anales de prehistoria y arqueología*, 17-18 (2001-2002), pp. 41-42.

⁸ Dos estudios muy completos sobre este tema son los de Pérez Vázquez, Francisco, *El cerdo en el antiguo Egipto*. Madrid, Ediciones Técnicas de Calidad, 2005, y Volokhine, Youri, *Le porc en Égypte ancienne: mythes et histoire à l'origine des interdits alimentaires*. Lieja, Presses Universitaires de Liège, 2014.

⁹ Hecker, Howard, M., «A zooarchaeological Inquiry into Pork Consumption from Prehistoric to New Kingdom Times». *Journal of the American Research Center in Egypt*, 19 (1982), pp. 59-71.

¹⁰ Heródoto, *Historia. Libro II Euterpe*. Madrid, Gredos, 1992, II, 14, pp. 293-294.

¹¹ Griffiths, J. Gwyn, *Plutarch's De Iside et Osiride*. Cardiff, University of Wales Press, 1970, p. 281. Frazer, James George, *La rama dorada. Magia y religión*. Madrid, Fondo de Cultura Económica, 1981, pp. 537-542.

¹² Meeks, Dimitri y Favard-Meeks, Christine, *Le vie quotidienne des dieux égyptiens*. París, Hachette, 1993, p. 86. Barandica, María Guadalupe, «Una visión del otro: acerca de los ritos egipcios según Heródoto». *Revista de Estudios Clásicos*, 33 (2006), pp. 18-19. Volokhine, *Le porc*, pp. 114-115.

¹³ López Pardo, Fernando, «Humanos en la mesa de los dioses: la escatológica fenicia y los frisos de Pozo Moro». *Gerión*, 33 (2015), p. 164.





Fig. 3. Amuleto de fayenza de la diosa Nut representada como una cerda amamantando a sus crías, Egipto, c. 664-525 a.C., Museo Británico de Londres, © The Trustees of the British Museum / CC BY-SA 4.0.

plásticas durante el periodo dinástico¹⁴. De época posterior son algunos pictogramas jeroglíficos o los pequeños amuletos de fayenza y estatuillas donde la diosa Nut, madre de Osiris, Isis y Horus, aparece representada como una cerda que amamanta a sus crías¹⁵ (fig. 3). Nótese que este iconograma, ciertamente parecido al de la loba capitolina con Rómulo y Remo, fue recuperado en la Europa bajomedieval para explicitar el tema antisemita de la *judensau* o la cerda amamantando a los judíos.

Los fenicios, etíopes, cananeos, gálatas y cretenses, entre otros, compartieron el tabú egipcio, aunque no está del todo claro cuál fue la causa principal de esta circunstancia. Lo mismo sucedió con los judíos, que tenían prohibido —y aún hoy lo tienen— el consumo de carne porcina por la ley mosaica¹⁶: esta, de hecho, fue especialmente desconfiada hacia los animales «inclasificables» por su aspecto o conducta¹⁷, así que no solo reprobó al cerdo por tener pezuña hendida y no rumiar, sino también a la langosta o la anguila por nadar sin escamas, o al cuervo y al buitre por volar y comer carne¹⁸.

¹⁴ Volokhine, *Le porc*, p. 63.

¹⁵ Te Velde, Herman, «Some Egyptian deities and their piggishness», en *The intellectual heritage of Egypt*. Kakosy, Budapest, 1992, pp. 571-578.

¹⁶ Levítico 11, 7-8; Deuteronomio 14, 8.

¹⁷ Pastoureau, Michel, *El cerdo*, p. 60.

¹⁸ Deuteronomio 14, 8-29.

A menudo se indica que detrás de estas repulsiones hubo una cuestión higiénica, puesto que los cerdos no solo se revolcaban en el barro o en sus excrementos, sino que además eran capaces de devorar cadáveres humanos o a sus propias crías. No obstante, se han propuesto otras vías alternativas para intentar esclarecer esta interdicción. De un lado, hay quien cree que podría derivar de la primitiva consideración totémica o divina del cerdo en algunas civilizaciones, como ya se explicó en el caso de Egipto¹⁹. Otros indicaron que los secos y calurosos territorios de Oriente Próximo y Medio no eran propicios para la cría y alimentación de este animal, ni tampoco para la conservación de su carne²⁰, si bien este argumento se antoja algo frágil, habida cuenta de que algunos pueblos como los moabitas y los amonitas no compartieron esta repulsa²¹. Finalmente, cabría lanzar al aire una última opción, sugerida con perspicacia por Pastoureau: ¿quizá fue el parecido anatómico y fisiológico entre cerdos y humanos el que avivó dicho rechazo?²².

Sin embargo, no todo fueron tabúes. Si bien es cierto que el cerdo común siempre fue objeto de un mayor recelo, la imagen del jabalí a menudo escapó de esas consideraciones negativas, llegando incluso a convertirse entre los siglos IV a.C. y I d.C. en el atributo de deidades celtas como Esus o Cernunnos²³. De igual modo, la representación de su caza y consumo estuvo ampliamente difundida entre distintos pueblos de la Antigüedad como símbolo de la apoteosis sobre las fuerzas de la naturaleza o incluso frente a la mismísima muerte²⁴. Bajo ese prisma se ha querido interpretar un relieve del monumento ibero de Pozo Moro (s. VI a.C.), donde este animal es devorado por un inquietante comensal que, a su vez, sostiene un cuenco con un cadáver²⁵. Esta escena, acompañada por otra de un jabalí bifronte unas hiladas más arriba, podría estar indicando el tránsito de un difunto hacia la vida ultraterrena: de algún modo, parece que el extraño ser referido, quizá un dios, recibe el cadáver para proceder a su deglución, pero que, finalmente, lo sus-

¹⁹ Frazer, James George, *La rama dorada*, pp. 537.

²⁰ Harris, Marvin, *Good to Eat. Riddles of Food and Culture*. Nueva York, Simon & Schuster, 1985, pp. 67-87.

²¹ Pastoureau, Michel, *El cerdo*, p. 57.

²² *Ibidem*, pp. 90-91.

²³ Reboreda Morillo, Susana y Castro Pérez, Ladislao, «Cernunnos y sus antecedentes orientales». *Anales de Prehistoria y Arqueología*, 19-20 (2003-2004), p. 145.

²⁴ Cerdeño Serrano, María Luisa y Cabañes Miró, Emilio, «El simbolismo del jabalí en el ámbito celta peninsular». *Trabajos de prehistoria*, 51/2 (1994), pp. 103-119. Pérez Almoguera, Arturo, «El lobo y el jabalí en el mundo religioso ilergete. El testimonio de una cerámica impresa». *Saguntum*, 28 (1995), pp. 251-260.

²⁵ Blázquez Martínez, José María, «Las raíces clásicas de la cultura ibérica». *Archivo Español de Arqueología*, 52 (1979), p. 165. Almagro Gorbea, Martín, «Ritos y cultos funerarios en el Mundo Ibérico». *Anales de Prehistoria y Arqueología*, 9-10 (1993-1994), p. 114. Castelo Ruano, Raquel, *Monumentos funerarios del Sureste Peninsular. Elementos y técnicas constructivas*. Madrid, Universidad Autónoma de Madrid, 1995, p. 63. López Pardo, Fernando, «Nergal y la deidad del friso del “banquete infernal” de Pozo Moro». *Archivo Español de Arqueología*, 82 (2009), pp. 31-68.





Fig. 4. Relieve del banquete, Monumento de Pozo Moro, s. VI a.C., Museo Arqueológico Nacional de España, © Jerónimo Roure Pérez / CC BY-SA 4.0 [en línea]. https://commons.wikimedia.org/wiki/Category:Monument_of_Pozo_Moro#/media/File:Relieve_de_un_sillar_con_escena_de_banquete._Monumento_de_Pozo_Moro_-_M.A.N.jpg.

tituye por la ofrenda del jabalí sacrificado, proporcionando así el estatus inmortal al interfecto²⁶ (fig. 4).

El puerco salvaje vuelve a aparecer en diversos objetos de la Hispania prerromana que comúnmente han sido leídos en clave de ultratumba. Muy notable es el bello bronce del Carro de Mérida (ss. VI-III a.C.), conservado en el Museo Arqueológico de Saint-Germain-en-Laye, sobre cuya caja se sitúan un individuo armado y un perro que persiguen al fatigado jabalí²⁷. La escena congelada parece convertir a este último en un ser mágico, inalcanzable; en una suerte de psicopompo que conduce al valiente cazador a su ansiado destino eterno²⁸. En cualquier caso, la variedad de objetos y soportes sobre los que se plasmó a este animal es realmente extraordinaria. Se conocen numerosos broches y fíbulas decoradas con su forma o figura. Tampoco faltó su imagen en las enseñas de guerra galas ni en diversos exvotos u otros objetos posiblemente asociados con rituales, como es el caso de una pátera hallada en la localidad tarraconense de Tivissa. Esta obra de los siglos III o II a.C. está realizada en plata y sobre su superficie se observan, entre otros elementos, cinco

²⁶ Olmos Romera, Ricardo, «Pozo Moro: ensayos de lectura de un programa escultórico en el temprano mundo ibérico», en F.J. Martínez Quirce (coord.), *Al otro lado del espejo: aproximaciones a la imagen ibérica*. Madrid, Pórtico Librerías, 1996, p. 107.

²⁷ Blázquez Martínez, José María, «Los carros votivos de Mérida y Almorchón». *Zephyrus*, 6 (1955), pp. 41-60.

²⁸ Erias Martínez, Alfredo, «La eterna caza», p. 328.



Fig. 5. Verraco, ss. IV-I a.C., Ciudad Rodrigo, Salamanca, © Concepción Amat Orta / CC BY 3.0 [en línea]. https://upload.wikimedia.org/wikipedia/commons/a/af/%C2%AE_CIUDAD_RODRIGO_PARADOR_NACIONAL_ENRIQUE_II_DE_TRASTAMARA_-_panoramio_%288%29.jpg.

jabalíes, tres de los cuales se disponen alrededor de un individuo que podría representar a una divinidad²⁹.

Son también muy singulares los verracos de granito asociados a los pueblos vetones que habitaron desde hace 2500 años, y hasta la conquista romana, el solar comprendido entre el norte de Portugal y los Montes de Toledo. A pesar de que las esquemáticas formas y la erosión a veces impiden precisar de qué animal se trata, existen ejemplos que se identifican indudablemente con jabalíes, haciendo así bueno el propio término que define esta tipología escultórica, pues un «verraco», del latín *verres*, es un puerco macho³⁰ (fig. 5).

La erección de estos monolitos coincidió con una etapa de explotación intensiva que desembocó en nuevas formas de aprovechamiento agropecuario y en la consiguiente sedentarización y jerarquización social. La ganadería bovina y porcina constituía la actividad económica de mayor peso para estos pobladores de rai-gambre celta, pues las bestias podían ser estabuladas en los cercados de las aldeas y castros, proporcionando a cambio un sustento estable de alimento, pieles, huesos o cuernos. En este sentido, no ha de sorprender que las estatuas petrificadas de los verracos se empleasen como hitos para la demarcación de los pastos³¹ o la protección

²⁹ Pérez Almoquera, Arturo, «El lobo y el jabalí», p. 258.

³⁰ Ruiz Zapatero, Gonzalo y Álvarez-Sanchís, Jesús Ramón, «Los verracos y los vettones». *Zona Arqueológica*, 12 (2008), pp. 216-217.

³¹ Álvarez-Sanchís, Jesús Ramón, «Juan Cabré y la arqueología de los verracos», en J. Blánquez y B. Rodríguez (eds.), *El arqueólogo Juan Cabré (1882-1947). La fotografía como técnica documental*. Madrid, Ministerio de Cultura, 2004, pp. 350-359.

mágica de los prados y tierras comunales³², o incluso como símbolos apotropaicos o psicopompos de carácter funerario³³.

2. ENTRE EL MITO Y LA COCINA

Los romanos Marco Terencio Varrón y Cayo Plinio Segundo aseguraban que las primeras granjas para desbravar jabalíes y otras especies salvajes fueron creadas por el agrónomo toscano Quinto Fulvio Lipino en el siglo I a.C., como respuesta al declive de la caza³⁴. Sin embargo, hay sobradas evidencias que demuestran que este proceso se había iniciado mucho antes en el contexto mediterráneo. Sea como fuere, aquellas primeras instalaciones poco tenían que ver con las granjas industriales que salpican el entorno rural en la actualidad, desarrollando una ganadería intensiva que supone la aglomeración de los animales en el mínimo espacio posible, con un trato a veces cuestionable y una alimentación a base de piensos baratos y de escasa calidad.

Los cerdos fueron criados en el seno de las civilizaciones clásicas y, de ahí en adelante, se generalizó su consideración como un símbolo de riqueza en todo Occidente: no en vano, aún en nuestros días, su figura en forma de *piggy bank* o «hucha de cerdito» representa el emblema zoomorfo del ahorro por antonomasia. Debido a su carácter nutricional y fecundo, estos animales fueron inmolados y ofrecidos en la Antigua Grecia a Deméter u otros dioses con el propósito de reavivar la tierra y el vientre de las mujeres. Como era menester, esos sacrificios masivos y cruentos culminaban con una serie de operaciones culinarias que proporcionaban un poder regenerativo a quienes participaban en la ceremonia, al mismo tiempo que a las plantas y la naturaleza toda³⁵. Se creía, igualmente, que cuando Hades raptó a Perséfone, la hija de Deméter, la grieta abierta en la tierra había engullido a un porquero llamado Eubuleos con su pira al completo, amplificándose con ello la íntima conexión entre estos animales y los rituales asociados a aquella divinidad³⁶.

Conviene señalar, no obstante, que en el ámbito helénico también hubo prohibiciones dirigidas al consumo de la carne porcina. Los adoradores de Atis y Adonis, por ejemplo, la censuraban debido a que ciertas tradiciones afirmaban que un jabalí había dado muerte a sus respectivos dioses. Una vez más, como ya se indicó en el caso de Egipto, nos hallamos ante estos cochinos deidades, que, según la teoría de James Frazer, antes de asesinos pudieron ser el mismísimo símbolo de estos dioses: dicha circunstancia explicaría su asociación con el mito, pero también que

³² Ruiz Zapatero y Álvarez-Sanchís, «Los verracos y los vettones», pp. 226-229.

³³ Martín Valls, Ricardo, «Variedades tipológicas en las esculturas zoomorfas de la Meseta». *Studia Archaeologica*, 32 (1974), pp. 69-92.

³⁴ Marco Terencio Varrón, *Rerum rusticarum libri III*, J.I. Cubero Salmerón (trad.), Sevilla, Consejería de Agricultura y Pesca de la Junta de Andalucía, 2010, p. 238. Plinio el Viejo, *Historia Natural*, VIII, 211, J. Cantó *et al.* (eds.), Madrid, Cátedra, 2002, p. 145.

³⁵ Erias Martínez, Alfredo, «La eterna caza», pp. 331-332. Pastoureau, Michel, *El cerdo*, pp. 19-20.

³⁶ Frazer, James George, *La rama dorada*, pp. 533-536.





Fig. 6. Yelmo micénico de colmillos de jabalí, c. s. XIV a.C., Museo de Heraclión, Grecia, © afrank99/CC BY-SA 2.5 [en línea]. https://www.wikidata.org/wiki/Q1243176#/media/File:Eberzahnhelm_Heraklion.jpg.

ni se comieran, ni se tocaran, ni tampoco se mataran³⁷. Otro episodio que conviene recordar es aquel de *La Odisea* en el que la hechicera Circe transforma en cerdos a algunos compañeros de Ulises, encerrándolos en unas pocilgas y ofreciéndolos como comida hayucos, bellotas y bayas de cornejo³⁸.

Bien sabían los antiguos que los jabalíes eran seres vigorosos y valientes que nunca retrocedían ante el peligro y que incluso, como recordaba el propio Homero, afilaban sus colmillos antes de la batalla³⁹. En un primitivo tratado sobre las artes venatorias titulado *De la caza*, Jenofonte aseguraba que «tanta es su fuerza, que lo que nadie se imaginaría se encuentra en él»⁴⁰. Enfrentarse a este animal era un acto de absoluto arrojo y bravura, así que no es de extrañar que sus colmillos fuesen exhibidos como trofeos, e incluso que se utilizasen para construir amuletos protectores, como los que portaban los guerreros germanos y anglosajones⁴¹, o poderosos yelmos como los que se realizaron en época micénica (fig. 6). Dada la enorme cantidad de

³⁷ *Ibidem*, pp. 536-537

³⁸ Homero, *La Odisea*, x, 229-243, J.M. Pabón (trad.), Madrid, Gredos, 1993, p. 252.

³⁹ Homero, *La Iliada*, xi, 414-420, E. Crespo Güemes (trad.), Madrid, Gredos, 1996, p. 320.

⁴⁰ Jenofonte, *Obras menores*. Madrid, Gredos, 1984, pp. 270-271.

⁴¹ Meaney, Audrey, *Anglo-Saxon Amulets and Curing Stones*. Oxford, British Archaeological Reports, 1981, p. 240. Erias Martínez, Alfredo, «La eterna caza», p. 334.



Fig. 7. Ritón griego con forma de cabeza de jabalí, proc. Apulia, c. 340-300, Museo Ashmolean, Oxford, Inglaterra. © Ashmolean Museum, University of Oxford [en línea]. <https://collections.ashmolean.org/object/454270>.

piezas que se colocaban en estos últimos⁴², muchas veces superior al centenar, se comprende que su elaboración no solo respondía a un criterio funcional, sino también a un deseo de revestir simbólicamente de virtudes al portador⁴³. Siglos más tarde, aunque quizá con una finalidad similar, los celtas, anglosajones y escandinavos remataron algunos de sus cascos con dientes o figuras de jabalí⁴⁴.

Fueron una vez más los jabalíes, no los cerdos, los que encontraron un mejor acomodo en las representaciones artísticas de la Hélade. La civilización griega elaboró unas interesantes cerámicas inspiradas en la forma de aquellos, continuando así una tradición que hundía sus raíces en los antiguos vertedores ceremoniales micénicos o en algunas figurillas de la cultura cicládica. Los ejemplos más sobresalientes fueron los ritones que emulaban detalladamente la cabeza del fiero animal, con el hocico a modo de conducto para expulsar el líquido, u otras tipologías en forma de *kántharos* o *askos* que asumieron igualmente el aspecto zoomorfo del jabalí (fig. 7).

En el reino de la mitología, estas bestias del bosque fueron perseguidas, cazadas y aniquiladas por diversos héroes. Tales son los casos del jabalí de Erimanto, cuya captura representa uno de los trabajos de Heracles, y el de Calidón, enviado

⁴² Kilian-Dirlmeier, Imma, *Das mittelbronzezeitliche Schachtgrab von Ägina*. Mainz, Zabern, 1997, p. 46.

⁴³ Everson, Tim, *Warfare in Ancient Greece. Arms and armour from the heroes of Homer to Alexander the Great*. Gloucestershire, The History Press, 2013, pp. 10-13.

⁴⁴ Erias Martínez, Alfredo, «La eterna caza», p. 327.



Fig. 8. Ánfora griega con la caza del jabalí de Erimanto, c. 515-500, Museo Arqueológico Nacional de España, Madrid. © Ministerio de Educación, Cultura y Deporte/Museo Arqueológico Nacional [en línea]. <http://ceres.mcu.es/pages/Viewer?accion=4&AMuseo=MAN&Museo=MAN&Ninv=10914>.

por Artemisa para devastar el entorno de esta ciudad de Etolia. Sobre este último se cuenta que halló la muerte en una gran cacería encabezada por Meleagro, Atalanta y otros compañeros, y que su piel fue conservada a modo de reliquia en el Templo de Atenea en Tegea⁴⁵. La madre de este jabalí, según Estrabón, habría sido la cerda de Cromión, otro temible ser criado por la anciana Faia que causó graves estragos en Megara y Corinto antes de ser derrotado por Teseo⁴⁶.

Decenas de cerámicas del periodo arcaico y clásico, entre otras piezas, ofrecen imágenes de estas cacerías. Un *kylix* de hacia el año 440 a.C. conservado en el Museo Británico de Londres, donde se muestran las míticas victorias de Teseo, incluye una representación de su lucha contra la cerda cromioniana, que aparece acompañada por Faia. Muy interesante es también la escena plasmada en un ánfora ática de finales del siglo VI a.C. que se conserva en el Museo Arqueológico Nacional de España (fig. 8). Realizada con figuras negras, en ella se observa a Heracles lan-

⁴⁵ Pausanias, *Descripción de Grecia*, VIII, 47, 2. Madrid, Gredos, 2008, p. 218.

⁴⁶ Estrabón, *Geografía. Libros VIII-X*, VIII, 6, 22. Madrid, Gredos, 2008, p. 171.





Fig. 9. Sarcófago romano con la caza del jabalí de Calidón, procedente de Vicovaro, c. 200-250, Palacio de los Conservadores, Roma, © José Luiz Bernardes Ribeiro/CC BY-SA 4.0 [en línea]. https://upload.wikimedia.org/wikipedia/commons/3/3d/Sarcophagus_with_the_Calydonian_boar_hunt_-_Palazzo_dei_Conservatori_-_Musei_Capitolini_-_Rome_2016.jpg.

zando al jabalí de Erimanto sobre Euristeo ante la atenta mirada de Atenea y Artemisa. Existen objetos muy similares a este en su estilo y temática, como los que se exponen en el Museo del Louvre y el Museo Británico, entre otros.

Estos mitos clásicos también recalaron en la plástica romana, donde fueron mostrados a través de técnicas y soportes muy diversos. Sin ánimo de ofrecer un listado de ejemplos, el referido desenlace del cuarto trabajo de Heracles se desarrolla en un mosaico del Museo Arqueológico de Paros, mientras que la muerte del jabalí de Calidón ocupa el frente principal de un sarcófago del siglo III que se localiza en el Palacio de los Conservadores de Roma. Esta extraordinaria pieza procedente de Vicovaro sitúa en el centro de la composición a Meleagro clavando su lanza en la cabeza de la bestia, acompañado por Artemisa, varios guerreros y animales⁴⁷ (fig. 9).

La imagen del cerdo, sin embargo, pasó inadvertida en el arte clásico. Si el jabalí infundía temor y su caza era digna de héroes, el interés por el manso, sucio y glotón puerco doméstico fue estrictamente económico y gastronómico. Así queda de manifiesto en los tratados agronómicos del citado Varrón o de Columela⁴⁸, donde se ofrecen unas minuciosas descripciones de la cría, cuidado y aprovechamiento culi-

⁴⁷ Brilliant, Richard, *Visual Narratives. Storytelling in Etruscan and Roman art*. Londres, Cornell University Press, 1984, pp. 147-148. Hansen, Inge Lyee, «The Metamorphic Moment: mythological and heroic narratives on Roman sarcophagi», en M. Carruthers *et al.* (eds.), *TRAC 2001: Proceedings of the Eleventh Annual Theoretical Roman Archaeology Conference*. Glasgow, Oxbow Books, 2002, p. 114.

⁴⁸ Lucio Junio Moderato Columela, *Los doce libros de Agricultura*, VII, 9-11, J.M. Álvarez de Sotomayor y Rubio (trad.), Madrid, Imprenta de D. Miguel de Burgos, 1824, vol. I, pp. 301-306.



Fig. 10. Relieve de la *Suovetaurilia* en la basa de la Columna de la Decenalia, s. IV d.C., ruinas del foro de Roma, Italia, © Procopius / CC BY 3.0 [en línea]. <https://upload.wikimedia.org/wikipedia/commons/b/bd/Decenallien.JPG>.

nario de este animal, o en los recetarios de la época. En Roma aún más que en Grecia, las viandas porcinas fueron el producto más apreciado de la carnicería por su elevado aporte calórico y su versatilidad en la cocina. De ellas decía Plinio el Viejo que ofrecían hasta cincuenta sabores distintos, puesto que cada corte del cerdo se aprovechaba y degustaba⁴⁹. Sin embargo, en contraposición a esa admiración por su valor alimenticio, este mismo autor bautizó al puerco como «el más estúpido de todos los animales», situándolo al frente de una retahíla de fábulas desagradables o siniestras⁵⁰.

También se mantuvo la función sacrificial del cerdo, e incluso este animal fue uno de los protagonistas del ritual de la *suovetaurilia*, donde se ofrendaban a Marte un puerco, una oveja y un toro. Según la información que brinda Catón el Viejo, los tres animales eran llevados al altar rodeando los linderos de la tierra o granja que se quería bendecir, y allí eran inmolados mientras se proferían las oraciones pertinentes. También se practicaba esta operación cuando se reconstruía un templo o con el fin de brindar una protección simbólica al ejército antes de llevar a cabo alguna campaña militar importante. Este sacrificio puede ser contemplado en numerosos relieves de época imperial, ya sea asociado a los propios templos y altares o en espacios públicos como los foros urbanos (fig. 10).

⁴⁹ Plinio el Viejo, *Historia Natural*, VIII, 209, pp. 143-144.

⁵⁰ Pastoureau, Michel, *El cerdo*, pp. 21-22.





Fig. 11. Exorcismo al endemoniado de Gerasa, mosaico de la basilica de San Apolinar Nuevo, s. VI, Rávena, Italia [en línea]. https://upload.wikimedia.org/wikipedia/commons/4/4b/Mosaic_of_the_exorcism_of_the_Gerasene_demoniac_from_the_Basilica_of_Sant%27Apolinare_Nuovo.jpg.

Ya durante el Bajo Imperio, hacia el año 350, se compuso el *Testamentum Porcelli*, que es uno de los más burlescos e hilarantes relatos conservados sobre el cerdo. Referido por el mismísimo san Jerónimo, esta fabulilla con las últimas voluntades de un puercito que iba a ser sacrificado era cantada por los niños en las escuelas con gran alborozo⁵¹. Así, entre agravios y burlas, la historia del cerdo penetraba en la Edad Media⁵².

3. ENTRE LA COCINA Y EL INFIERNO

Las escasas referencias a los valores positivos, admirables o sagrados de los suidos se fueron diluyendo en el seno del cristianismo. La tradición judía, que tachaba a los cerdos de inmundos y señalaba al porquero como un desgraciado, tuvo su esperable reflejo en el Evangelio, donde estos animales llegaron a vincularse con el demonio en el episodio del exorcismo de Gerasa —o Gadara, según San Mateo—⁵³ (fig. 11). Otros pasajes bíblicos insisten en su suciedad y estupidez: «no deis las cosas

⁵¹ García Sánchez, Jairo Javier, «El “Testamentum Porcelli”, una fuente de latín vulgar siempre sugerente», en Corrêa-Cardoso, João y Fialho, Maria do Céu, *Romanística-UM*. Coimbra, Imprensa da Universidade de Coimbra, 2014, pp. 53-70.

⁵² Marco Porcio Catón, *De re rustica*, cxli, trad. [en línea]. <https://www.imperivm.org/tratado-de-agricultura-caton-el-viejo-libro-completo-de-agri-cultura/> [consulta: 9 de agosto de 2022].

⁵³ Mateo 8, 30-34; Marcos 5, 9-20; Lucas 8, 30-39.

santas a los perros ni arrojéis vuestras perlas a los puercos, no sea que las pisoteen con sus pies y revolviéndose os destrocen»⁵⁴; o «volvióse el perro a su vómito, y la cerda, lavada, vuelve a revolcarse en el cieno»⁵⁵. Así las cosas, la visión de estos animales como repugnantes y pecaminosos quedó instalada de forma irremisible en el discurso literario y moralizante del cristianismo.

En sus *Etimologías*, san Isidoro señalaba al «marrano» en idénticos términos, mientras que caracterizaba al jabalí como una bestia feroz y acometedora⁵⁶. Por aquel tiempo, la apologética y la patrística ya habían intensificado el rechazo hacia los suidos, vinculándolos con diversos pecados: Clemente de Alejandría los relacionaba con los placeres del cuerpo y la pasión libertina⁵⁷, mientras que san Agustín decía que eran soberbios⁵⁸. Pronto llegaron nuevos menosprecios: por su glotonería fueron llamados gulosos, y por su pelaje pardo y su vista puesta siempre en el suelo se los consideró partidarios del diablo.

Como bien es sabido, el cristianismo atribuyó caracteres pedagógicos o doctrinales a un sinnúmero de animales, lo cual tuvo una evidente plasmación en los repertorios iconográficos de la época: sin embargo, los puercos apenas hallaron dicho reflejo hasta las postrimerías del Medievo. Bien es cierto que el iracundo jabalí había decorado desde el periodo bajoimperial algunas lucernas⁵⁹ que, en ocasiones, expelían el fuego por el hocico de la bestia, tal y como se aprecia en un ejemplar de bronce del Museo Arqueológico de Murcia⁶⁰. Sin embargo, la asociación explícita de estos animales con el pecado no se generalizó hasta la Baja Edad Media, cuando empezaron a emplearse como atributos de la gula, la ira o la lujuria, e incluso como montura de las alegorías que encarnaban dichos vicios⁶¹. En las pinturas murales de la iglesia oscense de Sieso de Jaca, cercanas ya a 1500, se aprecia una extraordinaria imagen de la gula cabalgando sobre un gorrino mientras levanta un jamón en alto⁶².

⁵⁴ Mateo 7, 6.

⁵⁵ 2 Pedro 2, 22.

⁵⁶ Isidoro de Sevilla, *Etimologías*, XII, 1, 25-27. Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos, 2018, p. 893.

⁵⁷ Clemente de Alejandría, *El Pedagogo*, II, 98 y III, 75, J. Sariol Díaz (trad.), Madrid, Gredos, 1998, pp. 233 y 322.

⁵⁸ Agustín, San, *Comentarios a los Salmos*, Miguel Fuertes Lanero (trad.), Salmo 79, 14 [en línea]. https://www.augustinus.it/spagnolo/esposizioni_salmi/esposizione_salmo_098_testo.htm [consulta: 6 de junio de 2022].

⁵⁹ Amaré Tafalla, María Teresa, «Lucernas romanas en Hispania (las lucernas romanas de cerámica en la Península Ibérica hasta el siglo IV: introducción y elementos de trabajo)». *Anas*, 2-3 (1989-1990), pp. 135-172.

⁶⁰ Museos de Murcia [en línea]. <https://www.museosregiondemurcia.es/documents/2624878/23942571/P077-.pdf/aa2a0c78-d011-4847-bfb5-6de087ca85ff> [consulta: 5 de junio de 2022].

⁶¹ Pastoureau, Michel, *El cerdo*, p. 65.

⁶² Piedrafitá, María Elena y Costa, María Jesús, «La expresión plástica popular de los pecados capitales a ambos lados del Pirineo». *Argensola: Revista de Ciencias Sociales del Instituto de Estudios Altoaragoneses*, 112 (1998-2002), pp. 180-181.





El nombre del cerdo solía ser evocado para desprestigiar a las personas peor reputadas o a los enemigos más odiados. Así lo hacían los judíos y musulmanes, para quienes su consumo estaba absolutamente prohibido, pero también los cristianos, aun a pesar de que apreciaban sus viandas tanto o más que las ovinas o bovinas. Frente a estos animales, el marrano ofrecía la ventaja de ser fácil de mantener y alimentar, pues debido a su carácter omnívoro era capaz de devorar cualquier cosa que se pudiese a su alcance. Por otro lado, del cerdo no solo se aprovechaban la carne, la grasa y la sangre, sino también el morro, las orejas, la vejiga, las vísceras e incluso los pelos o cerdas. Otro beneficio que ofrecía es que sus piezas se conservaban con facilidad gracias a las salazones y cecinas, si bien era más apreciada la *carnis recens*, es decir, la que se mantenía fresca debido al frío invernal⁶³.

La imagen del puerco no penetró en el arte altomedieval a través de los repertorios alegóricos, sino mediante temas ordinarios como su engorde en la dehesa o su sacrificio a manos del matarife. Estas labores fundamentales para la subsistencia aldeana fueron incluidas en los mensarios que se esculpieron y pintaron en pequeñas iglesias parroquiales como las de Beleña de Sorbe, Campisábalos u Hormaza; pero también en templos monásticos como el de Ripoll, poderosas fundaciones como San Isidoro de León o San Zenón de Verona, o catedrales como las de Roda de Isábena, Tarragona o Autun⁶⁴. Estas escenas asociadas a los meses a menudo se inspiraron en las ilustraciones de obras anteriores como los *carmina mensium* carolingios: por ejemplo, el manuscrito de la Biblioteca Nacional de Viena muestra en noviembre y diciembre la matanza del cerdo⁶⁵, tal y como también sucede en la mayoría de los mensarios de los siglos XII y XIII.

Los calendarios románicos enfatizaban el carácter cíclico del tiempo a través de una imagen seriada de las labores del campo. Las faenas en las viñas, el cultivo del cereal, el cuidado del ganado, la caza y la crianza y, por supuesto, el sacrificio del cerdo eran actividades que el rústico debía desarrollar año tras año para asegurar la estabilidad de su núcleo familiar. Sin embargo, el objetivo de estas escenas no era meramente descriptivo, sino que procuraba enviar un mensaje de esperanza y redención al estamento de los *laboratores*. Dicho de otro modo, si se cumplían a lo largo de la vida los trabajos encomendados por Dios, con la debida fe y rectitud, el campesino podía asegurarse la ansiada recompensa de la eternidad. Quizá por ese trasfondo salvífico, la mayoría de estos mensarios ocupaban los accesos a los templos, pero también capillas funerarias como la guadalajereña de Campisábalos o pilas bautismales como las de Brookland, en el condado inglés

⁶³ Pastoureau, Michel, *El cerdo*, pp. 25-27.

⁶⁴ Aunque son muchas y variadas las publicaciones sobre los mensarios medievales, resulta de obligada referencia, para el caso particular hispano, el trabajo de Castiñeiras González, Manuel Antonio, *El calendario medieval hispano: textos e imágenes, siglos XI-XIV*. Salamanca, Junta de Castilla y León, 1996.

⁶⁵ Poza Yagüe, Marta, «Las labores de los meses en el románico». *Revista Digital de Iconografía Medieval*, 1 (2009), pp. 33 y 40.

de Kent, y Saint-Evrault-de-Montfort, en la Baja Normandía francesa⁶⁶, ambas realizadas en metal.

El cerdo no era un animal cualquiera en el Medievo, sino, antes de nada, un elemento de prosperidad para la vida y la economía doméstica. Hasta época reciente, toda casa procuraba tener un ejemplar al que engordar y convertir en alimento para el consumo anual: decía el agrónomo Gabriel Alonso de Herrera, en su tratado de 1513, «que aunque los puercos sean enojosos en su cria, mucho mas lo son onde faltan»⁶⁷. Otras veces, las cabezas porcinas eran encomendadas a un porquero, que se encargaba de mantener la pira y moverla entre la granja y los bosques o pastos arbolados⁶⁸. Allí, bajo las encinas y las hayas, estos animales disponían de todo lo esencial para su sustento, así que nada tiene de extraño que en algunos documentos se evaluase el tamaño de un bosque según el número de puercos al que podía dar alimento cada año⁶⁹.

Señala el sabio refranero que «diciembre o enero, el puerco al puchero y el pernil en el granero», pues «quien mata su cochino temprano, tiene buen invierno y mal verano»⁷⁰. De acuerdo con esa lógica, los mensarios suelen presentar al porquero engordando al animal en octubre o noviembre, mientras que el sacrificio se despliega en noviembre o diciembre⁷¹. Finalmente, el ciclo puede completarse con una escena de cocina o un banquete celebrados en diciembre o enero, donde el campesino guisa en una olla o da buena cuenta de la preciada carne fresca⁷² (fig. 12). En cualquier caso, la degustación periódica de las viandas porcinas en su momento de mayor esplendor era un lujo al alcance de pocos paladares: los reyes y algunos miembros de la nobleza podían permitírselo, pero el resto de los mortales debía contentarse con curar tan preciado alimento y racionarlo para todo el año.

Los ruidos, malos olores, enfermedades y demás molestias producidas por la crianza de los cerdos quedaban compensados una vez que a aquellos les llegaba

⁶⁶ Altwater, Frances, «Chores, computation and the Second Coming: calendar images and romanesque baptismal fonts», en Harriet M. Sonne de Torrens y Miguel A. Torrens, *The Visual Culture of Baptism in the Middle Ages: Essays on Medieval Fonts, Settings and Beliefs*. Nueva York, Routledge, 2016, pp. 153-155.

⁶⁷ Alonso de Herrera, Gabriel, *Agricultura general*. Madrid, Imprenta Real, vol. 3, 1819, p. 498.

⁶⁸ Baruzzi, Marina y Montanari, Massimo, *Porci e porcari nel Medioevo. Paesaggio, economia, alimentazione*. Bolonia, Cooperativa Libreria Universitaria Editrice, 1981, pp. 18-20.

⁶⁹ Pastoureau, Michel, *El cerdo*, pp. 29-31.

⁷⁰ Estos y otros muchos refranes sobre el cerdo aparecen recopilados en: De Jaime Lorén, José María, «Refranero del cerdo y del jamón, I». *Cuadernos del Baile de San Roque: Revista de etnología*, 31 (2018), pp. 19-68; y De Jaime Lorén, José María, «Refranero del cerdo y del jamón, II». *Cuadernos del Baile de San Roque: Revista de etnología*, 32 (2019), pp. 5-38.

⁷¹ Poza Yagüe, Marta, «Las labores de los meses». *Revista Digital de Iconografía Medieval*, 1 (2009), pp. 35-36.

⁷² Villaseñor Sebastián, Fernando, «Imágenes en los espacios marginales del edificio románico. Apuntes sobre canchillos, metopas y otros elementos decorativos», en Pedro Luis Huerta Huerta, *La imagen en el edificio románico: espacios y discursos visuales*. Aguilar de Campoo, Fundación Santa María la Real, 2015, pp. 33-34.





Fig. 12. Representación de los meses de octubre, noviembre y diciembre, mensario de la Real Colegiata de San Isidoro de León, c. 1170. © Antonio García Omedes.

su sanmartín: «avaros y puercos vivos, dos cochinos; avaros y puercos muertos, dos tesoros ciertos». La mala reputación acababa, pues, con el sacrificio, ya que en ese preciso momento se obraba el milagro de convertir al sucio carroñero en una despensa de carne exquisita. El matarife realizaba las operaciones pertinentes según un ritual codificado que apenas sufrió cambios desde la época feudal hasta hace unas décadas. Los mensarios románicos lo presentan ejecutando toda clase de trucos para inmovilizar al animal y portando un gran cuchillo, un hacha o una maza para degollarlo o abatirlo. Luego, tras la recogida de la sangre, el raspado de las cerdas y el lavado, los trabajos de charcutería se extendían durante varios días con el objetivo de proceder a la preparación, almacenamiento y comercialización de las carnes⁷³. Una excepcional versión de ello aparece en el mensario de Beleña de Sorbe (fin. s. XII), donde se observa al carnicero sajando al cerdo ya muerto sobre un tajador⁷⁴ (fig. 13).

No lejos de allí, el calendario de Campisábalos (fin. s. XII) añade al ciclo del cerdo y las típicas labores aldeanas dos paneles donde se cincelaron un combate caballeresco y la montería del jabalí⁷⁵. Este animal giróvago del inquietante bosque, antaño respetado e incluso reverenciado, llegó igualmente a simbolizar un diverso elenco de pecados durante el Medievo⁷⁶. Solo en puntuales ocasiones las hagiografías le concedieron —a él o a su pariente doméstico— un discreto papel acompañando a santos ermitaños como Cástor de Apt, Columbano, Déol, Emiliano y, cómo no, a Antonio abad y al obispo mártir Blas de Sebaste. Incluso el pequeño San Ciro, Quirce o Quirico, hijo de Santa Julita, cabalgaba un puerco salvaje cual dócil potri-

⁷³ Pastoureau, Michel, *El cerdo*, pp. 49-50.

⁷⁴ Villaseñor Sebastián, Fernando, «Imágenes en los espacios marginales», pp. 33-34.

⁷⁵ Frontón Simón, Isabel María, «Imágenes de una sociedad de frontera en torno al 1200: campesinos y caballeros en la capilla de San Galindo (Campisábalos, Guadalajara)». *Cuadernos de arte e iconografía*, 11 (1993), pp. 80-91.

⁷⁶ Pastoureau, Michel, *Una historia simbólica de la Edad Media occidental*. Buenos Aires, Katz, 2006, pp. 69-88.



Fig. 13. Carnicero sajando el cerdo sobre un tajador, mensario de la portada de la iglesia de Beleña de Sorbe, Guadalajara, fin. s. XII. © José Arturo Salgado Pantoja.

llo⁷⁷. Sin embargo, estas asociaciones dejaron un escasísimo eco en la iconografía, o si lo hicieron, rara vez fue antes del siglo XVI.

Aunque san Paulino de Nola decía a principios del siglo V que «Jesucristo habita en el jabalí, que conserva toda la ferocidad para con el mundo, pero que se ha convertido en cordero para con Dios»⁷⁸, la cultura medieval no fue prolífica en «puercos buenos», sino que prefirió confrontar al jabalí con el recto caballero. Esto tuvo una mayor plasmación en la literatura que en la plástica, ya que en este último campo prevalecieron las efectistas luchas contra dragones, leones o malignos híbridos. Al igual que estos, el cerdo salvaje era una bestia portentosa y casi invencible, tal y como proclamaban la tradición celta y la literatura artúrica, que narraba fabulosos episodios como la lucha de nueve días entre el rey británico y el jabalí *Twrch Trwyth*, un ser mágico e irreductible que era asistido por una piara de puercos secuaces⁷⁹. Se trataría, una vez más, del ancestral psicopompo que conducía al caballero al Más Allá⁸⁰.

⁷⁷ Hernando Garrido, José Luis, «Apuntes sobre la caza en el arte medieval hispano». *Codex aquilarensis*, 19 (2003), p. 125.

⁷⁸ Charbonneau-Lassay, Louis, *El bestiario de Cristo. El simbolismo animal en la Antigüedad y la Edad Media*. Palma de Mallorca, Sophia Perennis, 1996, vol. 1, p. 174.

⁷⁹ El pasaje se halla narrado en *De Mirabilibus Britanniae* y en el cuento titulado *Culhwch ac Olwen*. Schreiber, Lady Charlotte, *The Mabinogion: from the Llyfr. Coch o Hergest*. Londres, Longman, Brown, Green, and Longmans, 1849, vol. 2, p. 359. Jones, Gwyn y Jones, Thomas, «Culhwch and Olwen», en *The Mabinogion*. Londres, J.M. Dent, 2013, pp. 80-113.

⁸⁰ Erias Martínez, Alfredo, «La eterna caza», p. 350.



Fig. 14. Opiano de Apiamea, *Cinegetica*, copia miniada de pp. s. xi, Biblioteca Nazionale Marciana, Venecia, Cod.Gr.Z.479, f. 63r, © Patrimonio Ediciones [en línea]. <https://patrimonioediciones.com/portfolio-item/tratado-de-caza-y-pesca/>.

La importancia que adquirió la montería en la Edad Media europea queda igualmente reflejada en los más de 150 tratados de caza conservados, entre copias y obras *ex novo*, que han sido fechados entre los siglos x y xv⁸¹. El ejemplar ilustrado más antiguo es una versión de la *Cinegetica* de Opiano custodiado por la Biblioteca Nacional Marciana de Venecia (fig. 14). En su folio 63r, este manuscrito presenta de forma gráfica algunos de los ingenios y técnicas de los que podía valerse el montero para cazar lobos o jabalíes. Es evidente que el arrojo y la fuerza eran requisitos necesarios, pero no menos importantes eran la perspicacia y los conocimientos para fabricar y colocar trampas, el manejo de los sonidos del cuerno y la bocina, el dominio del terreno y el adiestramiento de los perros. Estos últimos desempeñaban un papel muy activo: los sabuesos y podencos rastreaban las piezas, los galgos las

⁸¹ Van den Abeele, Baldouin, *Texte et image dans les manuscrits de chasse médiévaux*. Paris, Bibliothèque Nationale de France, 2013, pp. 14-16.



Fig. 15. Caza del jabalí, capitel del pórtico de la iglesia de San Pedro de Caracena, Soria, c. 1182. © José Arturo Salgado Pantoja.

perseguían, y los mastines, lebreles, dogos y alanos se encargaban de sujetarlas para que el cazador las rematase⁸².

La plástica románica se hizo eco de algunas de estas cacerías, quién sabe si por mostrar una actividad común en las áreas más montaraces, o quizá como una suerte de profilaxis contra las fuerzas malignas⁸³. El erosionado relieve de Campisábalos al que antes se aludía deja ver al cazador alanceando al jabalí con la ayuda de tres perros y otro compañero⁸⁴. Este tema reaparece en otros templos románicos como los sorianos de Caracena y Santa María de Tiermes (c. 1182), con los que el de Campisábalos mantiene unas estrechas relaciones estilísticas. En el primero de ellos, la escena venatoria se repite hasta tres veces: en los canes del ábside, en los del pórtico y en un bello capitel de la propia galería porticada. Esta pieza, que contiene la versión más amplia del tema, muestra a la presa atacada por dos lebreles mientras un individuo la abate, otro aguarda lanza en ristre y un tercero hace sonar el cuerno⁸⁵ (fig. 15).

⁸² Manso Porto, Carmen, «El mundo profano en la imaginería gótica de los conventos mendicantes gallegos: la caza». *Boletín del Museo Arqueológico Nacional*, 18/1-2 (2000), p. 235.

⁸³ Hernando Garrido, José Luis, «Apuntes sobre la caza», p. 113.

⁸⁴ Ruiz Montejo, Inés, Frontón Simón, Isabel María y Pérez Navarro, Francisco Javier, *La herencia románica en Guadalajara*. Toledo, Junta de Comunidades de Castilla-La Mancha, 1992, p. 188. Huerta Huerta, Pedro Luis, «Campisábalos», en Miguel Cortés Arrese (coord.), *Enciclopedia del Románico en Castilla-La Mancha: Guadalajara*. Aguilar de Campoo, Fundación Santa María la Real, 2009, vol. 1, p. 318.

⁸⁵ Palomero Aragón, Félix, «Breves apuntes sobre la escultura monumental de San Pedro de Caracena (Soria). Relaciones con otros monumentos y escuela silense». *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología*, 56 (1990), p. 357.



El desarrollo de la actividad cinegética, unido a la ya tradicional carga simbólica del jabalí como animal belicoso, intrépido y valiente, produjo ya en la Baja Edad Media su proliferación como parte del típico bestiario heráldico. En este contexto solía ser representado de sable, pasante y provisto de dos defensas plateadas, ya fuera parado, furioso o acosado por los cazadores y lebreles⁸⁶. De estas formas decoraba los escudos familiares y los conjuntos funerarios de algunos nobles medievales. Así sucede en el de Fernão Sánchez, hijo bastardo del rey Dinis de Portugal, que puede ser contemplado en el Museu do Carmo de Lisboa. También en los de don Pedro Afonso, conde de Barcelos, que se localiza en la iglesia monástica de Tarouca, y el de Fernán Pérez de Andrade, sito en el templo de San Francisco de Betanzos. Todas estas obras, en cualquier caso, remiten ya al horizonte 1350-1400⁸⁷.

4. CONCLUSIONES

La historia de los puercos y la de la humanidad se hallan vinculadas desde mucho antes de que aquellos desarrollasen sus caracteres domésticos y se convirtiesen en uno de los bocados más exquisitos de nuestra dieta. En su forma de jabalí, cuando deambulaba por los espesos bosques, fue objeto de depredación, pero también de respeto y admiración por diversas civilizaciones. A la par que se extendía por todo este contexto su dócil pariente, el cerdo común, la imagen del jabalí fue haciéndose cada vez más popular en numerosas zonas de Europa y el área mediterránea, ya fuese como artefacto mágico, adorno de prestigio, talismán, emblema nutricional, símbolo sagrado o funerario.

Aunque ambas subespecies recibieron valoraciones dispares y cambiantes a lo largo del tiempo, la imagen del jabalí, temida y reverenciada, siempre mantuvo un predominio absoluto en los mitos y las manifestaciones plásticas, mientras que la del cerdo fue objeto de exaltación o repugnancia desde una perspectiva más mundana, básicamente económica y gastronómica. Como consecuencia de ello, este último animal se mantuvo prácticamente ausente de los repertorios iconográficos. Su carne fue despedazada, guisada e ingerida con fruición por griegos y romanos, pero nunca entre los judíos o los musulmanes, para quienes la propia pronunciación del nombre de este animal era motivo de repugnancia. No menos curioso fue el caso de los cristianos, que heredaron del mundo clásico el aprecio culinario por las viandas porcinas, y de los hebreos la desaprobación de un ser considerado sucio, estúpido y tendente al pecado.

Esta paradójica dualidad se tradujo en una exclusión casi absoluta de los suidos en las representaciones plásticas durante buena parte de la Edad Media, hasta que las imágenes de los jabalíes y cerdos al fin hallaron un hueco en los tratados

⁸⁶ Solera López, Rus, «Estudio iconográfico del jabalí como animal simbólico y emblemático». *Emblemata*, 7 (2001), pp. 479-480.

⁸⁷ Erias Martínez, Alfredo, «La eterna caza», pp. 357-372.



venatorios y los calendarios agrícolas que empezaron a popularizarse en el mundo carolingio y, sobre todo, en los siglos del románico. En ambos casos, las miniaturas, relieves y pinturas murales situaron a estos animales como modelo de los esfuerzos que había de sufrir la pecaminosa humanidad para subsistir y alcanzar la ansiada eternidad. Así pues, el ingrediente didáctico no se hallaba del todo ausente, si bien es cierto que la escena porcina moralizada, con el cerdo o el jabalí como alegoría del pecado, aún tardaría unas cuantas décadas en llegar. No acabó ahí la cosa, ya que algunas hagiografías y la heráldica arrojaron algo de luz sobre la imagen del jabalí –más que sobre la del cerdo– en las postrimerías de la Edad Media, pero ese asunto ya es harina de otro costal.

Sería deseable, en último lugar, que este trabajo, planteado deliberadamente con un carácter poliédrico y sucinto, contribuya a seguir entreabriendo la puerta para el desarrollo de futuras investigaciones focalizadas en aspectos más puntuales de la iconografía o el simbolismo del cerdo y el jabalí, ya sea temática, cronológica o geográficamente hablando.

RECIBIDO: 24 de octubre de 2022; ACEPTADO: 22 de enero de 2023



REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- AGUSTÍN DE HIPONA, *Comentarios a los Salmos*, Miguel Fuertes Lanero (trad.) [en línea]. https://www.augustinus.it/spagnolo/esposizioni_salmi/esposizione_salmo_098_testo.htm.
- ALMAGRO GORBEA, Martín, «Ritos y cultos funerarios en el Mundo Ibérico». *Anales de Prehistoria y Arqueología*, 9-10 (1993-1994), pp. 107-133.
- ALONSO DE HERRERA, Gabriel, *Agricultura general*. Madrid, Imprenta Real, 4 vols., 1819.
- ALONSO GARCÍA, Luis, «Los falsos movimientos de la imagen: cinco movimientos de una historia». *Banda aparte*, 14-15 (1999), pp. 118-126.
- ÁLVAREZ-SANCHÍS, Jesús Ramón, «Juan Cabré y la arqueología de los verracos», en J. Blánquez y B. Rodríguez (eds.), *El arqueólogo Juan Cabré (1882-1947). La fotografía como técnica documental*. Madrid, Ministerio de Cultura, 2004, pp. 350-359.
- ALTVATER, Frances, «Chores, computation and the Second Coming: calendar images and romanesque baptismal fonts», en Harriet M. Sonne de Torrens y Miguel A. Torrens, *The Visual Culture of Baptism in the Middle Ages: Essays on Medieval Fonts, Settings and Beliefs*. Nueva York, Routledge, 2016, pp. 149-170.
- AMARÉ TAFALLA, María Teresa, «Lucernas romanas en Hispania (las lucernas romanas de cerámica en la Península Ibérica hasta el siglo IV: introducción y elementos de trabajo». *Anas*, 2-3 (1989-1990), pp. 135-172.
- BARANDICA, María Guadalupe, «Una visión del otro: acerca de los ritos egipcios según Heródoto». *Revista de Estudios Clásicos*, 33 (2006), pp. 11-20.
- BARUZZI, Marina y MONTANARI, Massimo, *Porci e porcari nel Medioevo. Paesaggio, economia, alimentazione*. Bolonia, Cooperativa Libreria Universitaria Editrice, 1981.
- BLÁZQUEZ MARTÍNEZ, José María, «Los carros votivos de Mérida y Almorchón». *Zephyrus*, 6 (1955), pp. 41-60.
- BLÁZQUEZ MARTÍNEZ, José María, «Las raíces clásicas de la cultura ibérica». *Archivo Español de Arqueología*, 52 (1979), pp. 141-171.
- BRILLIANT, Richard, *Visual Narratives. Storytelling in Etruscan and Roman art*. Londres, Cornell University Press, 1984.
- BRUMM, Adam *et al.*, «Oldest cave art found in Sulawesi». *Science Advances*, vol. 7/3 (2021), pp. 1-12.
- CASTELO RUANO, Raquel, *Monumentos funerarios del Sureste Peninsular. Elementos y técnicas constructivas*. Madrid, Universidad Autónoma de Madrid, 1995.
- CASTIÑEIRAS GONZÁLEZ, Manuel Antonio, *El calendario medieval hispano: textos e imágenes, siglos XI- XIV*. Salamanca, Junta de Castilla y León, 1996.
- CERDEÑO SERRANO, María Luisa y Cabañes Miró, Emilio, «El simbolismo del jabalí en el ámbito celta peninsular». *Trabajos de prehistoria*, 51/2 (1994), pp. 103-119.
- CHARBONNEAU-LASSAY, Louis, *El bestiario de Cristo. El simbolismo animal en la Antigüedad y la Edad Media*. Palma de Mallorca, Sophia Perennis, 1996, 2 vols.
- CLEMENTE DE ALEJANDRÍA, *El Pedagogo*, J. Sariol Díaz (trad.). Madrid, Gredos, 1998.
- DE JAIME LORÉN, José María, «Refranero del cerdo y del jamón, I». *Cuadernos del Baile de San Roque: Revista de etnología*, 31 (2018), pp. 19-68.



- DE JAIME LORÉN, José María, «Refranero del cerdo y del jamón, II». *Cuadernos del Baile de San Roque: Revista de etnología*, 32 (2019), pp. 5-38.
- ERIAS MARTÍNEZ, Alfredo, «La eterna caza del jabalí». *Anuario Brigantino*, 22 (1999), pp. 317-378.
- ESTRABÓN, *Geografía. Libros VIII-X*. Madrid, Gredos, 2008.
- EVERSON, Tim, *Warfare in Ancient Greece. Arms and armour from the heroes of Homer to Alexander the Great*. Gloucestershire, The History Press, 2013.
- FRANTZ, Laurent A.F. *et al.*, «Ancient pigs reveal a near-complete genomic turnover following their introduction to Europe». *PNAS*, 116/35 (2019), pp. 17231-17238.
- FRAZER, James George, *La rama dorada. Magia y religión*. Madrid, Fondo de Cultura Económica, 1981.
- FREEMAN, Leslie Gordon, «Seres, signos y sueños: la interpretación del arte paleolítico». *Espacio, Tiempo y Forma, serie I, Prehistoria y Arqueología*, 5 (1992), pp. 87-106.
- FRONTÓN SIMÓN, Isabel María, «Imágenes de una sociedad de frontera en torno al 1200: campesinos y caballeros en la capilla de San Galindo (Campisábalos, Guadalajara)». *Cuadernos de arte e iconografía*, 11 (1993), pp. 80-91.
- GARCÍA SÁNCHEZ, Jairo Javier, «El "Testamentum Porcelli", una fuente de latín vulgar siempre sugerente», en Corrêa-Cardoso, João y Fialho, Maria do Céu. *Romanística-UM*, Coimbra, Imprensa da Universidade de Coimbra, 2014, pp. 53-70.
- GRIFFITHS, John Gwyn, *Plutarch's De Iside et Osiride*. Cardiff, University of Wales Press, 1970.
- HANSEN, Inge Lyce, «The Metamorphic Moment: mythological and heroic narratives on Roman sarcophagi», en M. Carruthers *et al.* (eds.), *TRAC 2001: Proceedings of the Eleventh Annual Theoretical Roman Archaeology Conference*. Glasgow, Oxbow Books, 2002, pp. 113-124.
- HARRIS, Marvin, *Good to Eat. Riddles of Food and Culture*. Nueva York, Simon & Schuster, 1985.
- HECKER, Howard M., «A zooarchaeological Inquiry into Pork Consumption from Prehistoric to New Kingdom Times». *Journal of the American Research Center in Egypt*, 19 (1982), pp. 59-71.
- HERNANDO GARRIDO, José Luis, «Apuntes sobre la caza en el arte medieval hispano». *Codex aquilarensis*, 19 (2003), pp. 102-126.
- HERÓDOTO, *Historia. Libro II Euterpe*. Madrid, Gredos, 1992.
- HOMERO, *La Iliada*, E. Crespo Güemes (trad.). Madrid, Gredos, 1996.
- HOMERO, *La Odisea*, J.M. Pabón (trad.). Madrid, Gredos, 1993.
- HUERTA HUERTA, Pedro Luis, «Campisábalos», en Miguel Cortés Arrese (coord.), *Enciclopedia del Románico en Castilla-La Mancha: Guadalajara*. Aguilar de Campoo, Fundación Santa María la Real, 2009, vol. 1, pp. 307-323.
- ISIDORO DE SEVILLA, *Etimologías*. Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos, 2018.
- JENOFONTE, *Obras menores*. Madrid, Gredos, 1984.
- JONES, Gwyn y JONES, Thomas, «Culhwch and Olwen», en *The Mabinogion*. Londres, J.M. Dent, 2013, pp. 80-113.
- JORDÁN MONTES, Juan Francisco, «Los animales en el arte rupestre postpaleolítico de la península ibérica. Emblemas, alegorías, epifanías y ausencias». *Anales de prehistoria y arqueología*, 17-18 (2001-2002), pp. 37-52.
- KILIAN-DIRLMEIER, Imma, *Das mittelbronzezeitliche Schachtgrab von Ágina*. Mainz, Zabern, 1997.



- LÓPEZ PARDO, Fernando, «Nergal y la deidad del friso del “banquete infernal” de Pozo Moro». *Archivo Español de Arqueología*, 82 (2009), pp. 31-68.
- LÓPEZ PARDO, Fernando, «Humanos en la mesa de los dioses: la escatológica fenicia y los frisos de Pozo Moro». *Gerión*, 33 (2015), pp. 157-192.
- LUCIO JUNIO MODERATO COLUMELA, *Los doce libros de Agricultura*, J.M. Álvarez de Sotomayor y Rubio (trad.). Madrid, Imprenta de D. Miguel de Burgos, 1824.
- MANSO PORTO, Carmen, «El mundo profano en la imaginería gótica de los conventos mendicantes gallegos: la caza». *Boletín del Museo Arqueológico Nacional*, 18/1-2 (2000), pp. 231-253.
- MARCO PORCIO CATÓN, *De re rustica*, (trad.) [en línea]. <https://www.imperivm.org/tratado-de-agricultura-caton-el-viejo-libro-completo-de-agri-cultural/>.
- MARCO TERENCIO VARRÓN, *Rerum rusticarum libri III*, J.I. Cubero Salmerón (trad.). Sevilla, Consejería de Agricultura y Pesca de la Junta de Andalucía, 2010.
- MARTÍN VALLS, Ricardo, «Variedades tipológicas en las esculturas zoomorfas de la Meseta». *Studia Archaeologica*, 32 (1974), pp. 69-92.
- MEANEY, Audrey, *Anglo-Saxon Amulets and Curing Stones*. Oxford, British Archaeological Reports, 1981.
- MEEKS, Dimitri y FAVARD-MEEKS, Christine, *Le vie quotidienne des dieux égyptiens*. París, Hachette, 1993.
- OLMOS ROMERA, Ricardo, «Pozo Moro: ensayos de lectura de un programa escultórico en el temprano mundo ibérico», en F.J. Martínez Quirce (coord.), *Al otro lado del espejo: aproximaciones a la imagen ibérica*. Madrid, Pórtico Librerías, 1996, pp. 99-114.
- OLMOS ROMERA, Ricardo, «El surgimiento de la imagen en la sociedad ibérica», en R. Olmos Romera (ed.), *La sociedad ibérica a través de la imagen*. Madrid, Ministerio de Cultura, 1992, pp. 8-32.
- PALOMERO ARAGÓN, Félix, «Breves apuntes sobre la escultura monumental de San Pedro de Caracena (Soria). Relaciones con otros monumentos y escuela silense». *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología*, 56 (1990), pp. 351-361.
- PASTOUREAU, Michel, *Una historia simbólica de la Edad Media occidental*. Buenos Aires, Katz, 2006.
- PASTOUREAU, Michel, *El cerdo. Historia de un primo malquerido*. Salamanca, Confluencias Editorial, 2015.
- PAUSANIAS, *Descripción de Grecia*. Madrid, Gredos, 2008.
- PÉREZ ALMOGUERA, Arturo, «El lobo y el jabalí en el mundo religioso ilergete. El testimonio de una cerámica impresa». *Saguntum*, 28 (1995), pp. 251-260.
- PÉREZ VÁZQUEZ, Francisco, *El cerdo en el antiguo Egipto*. Madrid, Ediciones Técnicas de Calidad, 2005.
- PIEDRAFITA, María Elena y COSTA, María Jesús, «La expresión plástica popular de los pecados capitales a ambos lados del Pirineo». *Argensola: Revista de Ciencias Sociales del Instituto de Estudios Altoaragoneses*, 112 (1998-2002), pp. 177-196.
- PLINIO EL VIEJO, *Historia Natural*, J. Cantó et al. (eds.). Madrid, Cátedra, 2002.
- POZA YAGÜE, Marta, «Las labores de los meses en el románico». *Revista Digital de Iconografía Medieval*, 1 (2009), pp. 31-42.
- REBOREDA MORILLO, Susana y CASTRO PÉREZ, Ladislao, «Cernunnos y sus antecedentes orientales». *Anales de Prehistoria y Arqueología*, 19-20 (2003-2004), pp. 143-156.



- RUIZ MONTEJO, Inés, Frontón Simón, Isabel María y Pérez Navarro, Francisco Javier, *La herencia románica en Guadalajara*. Toledo, Junta de Comunidades de Castilla-La Mancha, 1992.
- RUIZ ZAPATERO, Gonzalo y ÁLVAREZ-SANCHÍS, Jesús, «Los verracos y los vettones». *Zona Arqueológica*, 12 (2008), pp. 215-231.
- SARRÍA BOSCOVICH, Elisa, «Las pinturas rupestres de Cova Remigia (Ares del Maestre, Castellón)». *Lucentvm*, 7-8 (1988-1989), pp. 7-33.
- SCHREIBER, Lady Charlotte, *The Mabinogion: from the Llyfr. Coch o Hergest*. Londres, Longman, Brown, Green, and Longmans, 1849.
- SIUFFRA, Elisabetta *et al.*, «The origin of the domestic pig: independent domestication and subsequent introgression». *Genetics*, 154/4 (2000), pp. 1785-1791.
- SOLERA LÓPEZ, Rus, «Estudio iconográfico del jabalí como animal simbólico y emblemático». *Emblemata*, 7 (2001), pp. 465-482.
- TE VELDE, Herman, «Some Egyptian deities and their piggishness», en *The intellectual heritage of Egypt*. Kakosy, Budapest, 1992, pp. 571-578.
- VAN DEN ABELE, Baldouin, *Texte et image dans les manuscrits de chasse médiévaux*. París, Bibliothèque Nationale de France, 2013.
- VILLASEÑOR SEBASTIÁN, Fernando, «Imágenes en los espacios marginales del edificio románico. Apuntes sobre canecillos, metopas y otros elementos decorativos», en Pedro Luis Huerta Huerta, *La imagen en el edificio románico: espacios y discursos visuales*. Aguilar de Campoo, Fundación Santa María la Real, 2015, pp. 11-45.
- VOLOKHINE, Youri, *Le porc en Égypte ancienne: mythes et histoire à l'origine des interdits alimentaires*. Lieja, Presses Universitaires de Liège, 2014.



